

«suelo sirve, despues de descubrir á fondo la
«vanidad de las opiniones humanas y haber
«gustado la amargura de las pasiones, encon-
«trar al fin, tan cerca de nosotros la senda de la

cribia á un amigo suyo « los primeros pasos hácia la sabiduría. » (*Lettre à M. L***, *Correspondance de Grimm et de Diderot*, t. II. pág. 62). No es posible dejar mas á sus anchuras los delitos. Este patriarca de los ateistas modernos, á quien el solo nombre de Dios enfurecía, juntando con la teórica la práctica, consagraba una parte de su descanso á dar á sus contemporáneos, y á las generaciones futuras, lecciones infames de lujuria por medio de romances obscenos que componia al intento. Todo el mundo sabe que á Rousseau lo volvió realmente loco su orgullo. Segun su opinion se le debian haber levantado estátuas. (*Lettre à M. de Beaumont*). Y en el mismo libro en que revela con un cinismo desvergonzado las muchas torpezas de una vida deshonrosa, citando á todos los hombres al tribunal del Soberano Juez, desafia á cualquiera de ellos á que diga : *Yo fui mejor que este hombre.* (*Confessions*, lib. I). Este dicho puesto al frente de un libro, en el cual parece que la Providencia obligó á Rousseau á consignar y publicar su propia vergüenza, y desacreditarse por su propia mano, es lo mas excesivo del orgullo. Despues de haber citado los maestros seria superfluo hablar de los discípulos, y presentar una lista que contristaria, de nombres odiosos ó menospreciados, comenzándola por el autor horrorosamente inmoral de *la Guerra de los dioses*, y acabándola por ese astrónomo grotesco que *poseía*, segun decia él mismo, *todas las virtudes*. Y por otra parte ¿de qué sirve además desenterrar del cementerio del olvido estos nombres infectos y podridos, y quién podria resolverse á menear este fango?

«sabiduría, el precio de los trabajos de esta vida
«y la fuente de aquella felicidad, de la cual de-
«sesperaban. Todas las obligaciones de la ley
«natural, casi borradas en mi corazon por la in-
«justicia de los hombres, reviven al nombre de
«la eterna justicia que me las impone y que me
«ve cumplirlas. Yo no veo en mí mas que la
«obra y el instrumento del gran Ser, que quiere
«el bien, que le obra, y que hará el mio por el
«concurso de mi voluntad con la suya, y por el
«buen uso de mi libertad : yo me acomodo con
«el orden que ha establecido, seguro de gozar
«yo mismo un dia de este orden, y de encontrar
«en él mi felicidad ; porque ¿qué mayor dicha
«ni mas dulce que la de verse en el orden de un
«sistema en el que todo es justo y arreglado?
«Sufriendo el dolor y abandonado á él, le llevo
«con paciencia, considerando que es pasajero,
«y que me viene de un cuerpo que no me per-
«tenece. Si hago una buena accion á solas y sin
«testigo, sé que es vista, y cuento para el mé-
«rito y premio en la otra vida con la conducta
«de esta. Si padezco una injusticia, me digo á
«mí mismo : El justo Ser que todo lo gobierna

« sabrá indemnizarme ; las necesidades de mi
 « cuerpo, y las miserias de la vida me hacen mas
 « soportable la idea de la muerte. Son otras tan-
 « tas ataduras menos que romper cuando será
 « necesario abandonarlo todo. Lo que importa
 « al hombre es cumplir sus obligaciones en la
 « tierra, y así es como olvidándose de sí mismo
 « trabaja para sí. Hijo mio, el interes particular
 « nos engaña, solo la esperanza del justo es la
 « que no engaña nunca' . »

Se ve pues, que la misma filosofia cuando ha-
 bla de buena fe, nos advierte que, ni aun en la
 tierra hay felicidad fuera de la Religion, porque
 sin ella no hay certeza ni esperanza. « Si quiero
 « instruirme, » decia Maupertuis, « sobre la na-
 « turaleza de Dios, sobre la mia, sobre el ori-
 « gen del mundo y su fin, queda confundida mi
 « razon. Si en esta noche profunda encuentro el
 « sistema unico que puede llenar el deseo que
 « tengo de ser feliz ; no debo por esto recono-
 « cerlo verdadero? ; No debo creer que aquel

• *Emilio*, libro IV.

« que me conduce á la felicidad es aquel que no
 « puede engañarme' ? » Pero el hombre deprava-
 do por el orgullo es tan extrañamente enemigo
 de sí mismo, que aborrece la única doctrina que
 da precio y valor á su existencia ; miraria como
 un triunfo establecer, sobre las ruinas de esta
 doctrina celestial, errores tan absurdos como des-
 soladores, y tendria no sé que satisfaccion deses-
 perada en asegurarse, si pudiese, á expensas de
 su razon misma, una miseria sin remedio y sin
 fin. Y he aquí la razon, porque ha sido neces-
 ario que el Cristianismo humillase, aniquilase el
 orgullo humano para reconciliar al hombre con la
 felicidad. « Si alguno, » dice el apóstol, « enseña
 « de otra manera, y no abraza las sanas pala-
 « bras de nuestro Señor Jesucristo, y aquella
 « doctrina que es conforme á piedad ; soberbio
 « es, nada sabe, mas antes flaquea sobre cues-
 « tiones y contiendas de palabras: de donde se
 « originan envidias, rencillas, blasfemias, sos-
 « pechas malas, altercaciones de hombres per-
 « versos de entendimiento, y que están privados

• *Essai de philosophie morale*.

« de la verdad », porque están privados de Dios.

En efecto, toda verdad nos viene de Dios, que es la verdad infinita, y donde Dios no está, dice Tertuliano, « no hay verdad alguna. » Dios no está en el entendimiento del ateo, y el ateo si es consecuente repele todas las verdades, no admite ni aun las físicas, y cae en un pirronismo universal. Dios está imperfectamente en el entendimiento del deista; y el deista, indeciso, no tiene ni posee mas que verdades imperfectas, oscuras, que vaguean segun el antojo de las opiniones, y son llevadas incesantemente por el torrente de la duda.

Sin embargo, no hay que esperar felicidad mas que en la posesion de la verdad infinita ó

¹ *Si quis aliter docet et non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Jesu Christi, et ei quæ secundum pietatem est doctrinæ, superbus est, nihil sciens, sed languens circa questiones et pugnas verborum, ex quibus oriuntur invidia, contentiones, blasphemie, suspiciones malæ, conflictationes hominum mente corruptorum, et qui veritate privati sunt. Epist. I. ad Timoth. VI. 3 y sig.*

² *Ubi Deus non est, nec veritas ulla est. De præscrip. ad hæret. cap. XLIII.*

del bien infinito; porque el bien y la verdad son una misma cosa: luego no hay felicidad sino en la posesion de Dios; « y la vida eterna, » dice la Escritura, « es conoceros á vos, que sois solo el verdadero Dios, y á Jesucristo, á quien vos enviasteis. »

Dios es el soberano bien del hombre; luego el ateismo, que, negando á Dios, separa al hombre de la verdad infinita y de toda verdad, no es mas que la privacion absoluta de todo bien ó el sumo mal.

El deismo que admite á Dios sin conocerle, porque niega á Jesucristo, ó al mediador por quien únicamente podemos nosotros conocer á Dios; el deismo que, desconociendo las relaciones necesarias que unen al hombre con Dios y con los demas hombres, establece otras arbitrarias ó no establece ninguna; el deismo que no presenta al entendimiento mas que probabilidades sin certidumbre; que no es mas de una pura opinion, deja al hombre dueño absoluto de sus

³ *Hæc est autem vita æterna, ut cognoscant te solum Deum verum, et quem misisti Jesum Christum. JOAN. XVII. 5.*

pensamientos, amor y acciones, é independiente de toda ley de verdad y de justicia : estado que es contra la naturaleza, estado de desórden, y el mas miserable despues del ateismo á que conduce.

Luego si la felicidad no es una ilusion vana, si nuestros deseos no nos engañan, si no se nos dan al nacer potencias ó facultades sin objeto, si nuestra existencia tiene un fin, como le tienen todos los demas seres, nosotros no podemos evidentemente llegar á este fin sino por la Religion, la cual sola se atreve á asegurarnos que nos hará conocer ciertamente nuestro origen, nuestros destinos, y sola tambien nos promete la posesion del soberano bien y la verdad soberana. Y ciertamente, aun antes de todo exámen, despues de haber recorrido todos los sistemas filosóficos inútilmente, se debe encontrar una gran satisfaccion en saber que nos queda aun esperanza.

Todo en la Religion es infinito, porque todo en ella está lleno de Dios. Hay pues entre ella y nuestras potencias una armonía perfecta; y he aqui porque en todos tiempos, bajo todos los climas, el hombre, llevado naturalmente hácia ella, ha conocido la necesidad de que sus dogmas

le ilustren, le consuelen y vivifiquen sus esperanzas, y de que le dirijan sus preceptos : y cuanto la Religion es mas pura, santa, y por decirlo así, rigurosa en verdad y justicia, tanto mas poder tiene sobre el hombre ó tanta mas conformidad con su naturaleza; y he aquí la razon única y causa de la inclinación que observamos en todos los pueblos al Cristianismo, desde luego que se les anuncia. Nosotros no dejamos de sentir esta armonía divina, sino cuando el orgullo ú los sentidos, extraviándonos lejos de nosotros mismos, corrompen, depravan nuestra naturaleza, como lo observa San Agustin apoyado en su propia experiencia. « Reflexionando « conmigo mismo, » dice, « sobre el órden y la « belleza suprema, probaba yo en vano, ó verdad dulcísima, á elevarme hasta vos, para gozarme en vuestra melodia interior y encantadora. Creado de fantasmas materiales, « me arrastraba la voz del error fuera de mi « mismo, é iba sumergiéndome con el peso de « mi orgullo en un abismo sin fondo : »

* Confess. lib. IV, cap. IV.

El hombre quiere gozar de la verdad, y sin medida ni término; nunca se sacia de conocerla y amarla. Sin embargo, nuestro espíritu, abandonado á sí mismo se fatiga, se ofusca y pierde en sus propios pensamientos. Nada abraza en toda su extension; nada afianza con tal firmeza que pueda estar seguro de que la duda no vendrá á arrebatárselo. ¿Quién desatará esta contradicción? ¿Quién dará al hombre el reposo, restableciendo el equilibrio entre sus potencias y deseos? La filosofía prueba á hacerlo. ¿Pero de qué modo? Ya diciéndole que su entendimiento puede abrazarlo todo con sus solas fuerzas, ya persuadiéndole que nada puede alcanzar, y prohibiéndole use de ellas, es decir, negando su naturaleza sin poder con todo aniquilarla, quiere hacerle una bestia ó un Dios.

¡O! No, no es así como procede la Religión para resolver este grande problema. Principió por abrir á nuestra vista la eternidad, á la cual el tiempo sirve de pórtico, y nos enseña en sus profundidades como una cadena infinita de grados, por los cuales elevándose incesantemente nuestra inteligencia, ayudada de una duracion

sin término, sin cesar debe acercarse á la fuente inefable de la verdad eterna. Y la Religión ya desde luego da esta verdad infinita, la entrega á nuestra alma, cuyo alimento y vida es, y que la posee desde la tierra toda entera por la fe y por el amor ó esperanza; porque esta esperanza, como modificación pasajera y relativa al estado presente de un sentimiento natural é indestructible, no es mas que un amor que cree.

Y se ve aquí claramente la razon del dogma que hace de la fe, la esperanza y el amor otras tantas virtudes, y no como quiera, sino virtudes madres, virtudes *divinas* ó infinitas. La ley que manda creer la verdad infinita, único medio de poseerla aquí abajo perfectamente; esperar y amar el bien infinito, único medio de gozarlo plenamente en la tierra, es la ley esencial del órden, y por consiguiente la ley de la felicidad. Todas las otras leyes se derivan de esta, como la accion se deriva del amor; y sin esta ley fun-

Nos veró omnes, revelatá facie gloriam Domini speculantes, in eamdem imaginem transformamur, á claritate in claritatem, tanquám á Domini Spiritu. Ep. II ad Cor., III, 18.

damental las demas son nulas, quiméricas y contradictorias; la moral no es mas que una palabra y sin significado, y no hay ni crimen, ni virtud.

¡O maravillosa economía de la Religion! Mientras que toda filosofia, comenzando por la ignorancia, quiere que la razon humana, incierta y limitada, sin socorro alguno edifique sobre este fundamento ruinoso, el edificio de la verdad y la felicidad, el Cristianismo, revestido de una autoridad divina, y probándola aun á los sentidos materiales con títulos incontestables, habla á los hombres con la confianza que inspira una certeza perfecta, pone en su entendimiento, desde el primer instante en que se abre, toda la verdad por completo para que sea su luz, su bien y su guía: y aunque todos no la comprendan igualmente, todos igualmente la pueden poseer y amar. La fe borra todas las diferencias intelectuales, ya sean originarias, ya provengan de la educacion, de la condicion ó de cualquiera otra circunstancia accidental; y dando una fuerza infinita á la razon, aun de los niños: porque la une con la razon infinita que es Dios, decide ir-

revocablemente sobre todas las grandes cuestiones que trastornan la cabeza á los filósofos, y la eleva á una altura, desde la cual en la calma dicha de una conviccion indestructible, ve la sabiduría humana que se agita con inquietud, en medio de incertidumbres desoladoras y de una duda eterna. Así, aspirando todos á una misma felicidad, esta se ofrece á todos; y, lo que es digno de toda atencion, la felicidad, que es su último fin, es tambien su primera obligacion, pues que el amor es el primer precepto, y todos los demas nacen de este¹.

Ya entonces el hombre nada mas tiene que buscar; conoce su lugar en el orden de los seres; conoce á Dios, se conoce á sí mismo, y encuentra sin violencia la paz de la inteligencia y el amor en la contemplacion de la verdad inmutable. Nada ignora de cuanto le es necesario ú verdaderamente útil saber; porque se halla ins-

¹ Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon, de toda tu alma y toda tu voluntad. Este es el mayor y el primer mandamiento, y el segundo semejante es á este: amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está pendiente toda la ley y los profetas. MATTH. XXII, 37. 39.

truido en sus obligaciones y destino, y vive tranquilo en cuanto á lo demas. De aquí nace un reposo profundo, un bienestar inexplicable, independiente de las sensaciones, y que no puede ser turbado por cosa alguna, porque tiene su origen en lo interior y mas íntimo del alma, abandonada sin término y en un todo á las manos del Ser grande, esencialmente bueno y omnipotente, que se manifiesta y une por caminos inexplicables á los corazones dóciles á sus impresiones. Ilustrado el hombre por una nueva luz, y apreciando todas las cosas en su verdadero valor, ya no es juguete de las pasiones. La regla invariable del orden determina y modera sus inclinaciones y deseos, y en las vicisitudes inseparables de esta vida pasagera, no ve mas que cortas pruebas, cuyo término y recompensa será una felicidad eterna. Como poco sensible á los intereses viles de la tierra, tiene una abundancia inagotable de sentimientos afectuosos y puros que le estrecha con sus semejantes, le hace padecer con ellos en sus males, le obliga á aliviarlos con todos los sacrificios de una caridad tierna é infatigable; y, sacrificándose por sus

hermanos, es todavía por sí mismo por quien se sacrifica: ¡tan íntima es la union que establece el Cristianismo entre los hombres, y tan poderoso el sagrado encanto de la misericordia! Si las obligaciones que impone la Religion parecen á algunos rigorosas y duras..... ¡Ay! es porque no conocen la uncion que las dulcifica; es porque nunca gustaron sus consuelos, ni el atractivo amable y los gozos deliciosos de la virtud.

Nos hablan de placeres: ¿hay algunos que puedan compararse con aquellos que acompañan la inocencia? ¿No vale nada el estar siempre contento consigo y con los otros? ¿Tan poco importa estar libre de arrepentimientos y del gusano roedor de la conciencia, ó encontrar en aquellos una defensa y asilo seguro contra este? Sí; porque las mismas lágrimas de la penitencia tienen en sí mas dulzura que tuvieron las faltas que las hacen correr. En el corazon del verdadero cristiano hay una fiesta continua. Mas goza él en aquello mismo que se niega, que el incrédulo en lo que se permite á sí y disfruta. Es dichoso en la prosperidad, y mas dichoso padeciendo, porque en esto encuentra un medio para

aumentar la felicidad que le espera : y avanza con pasos tranquilos al traves de los campos de la vida , hácia aquella montaña coronada *por la ciudad permanente*, celestial morada de la paz , de las delicias eternas y de todos los bienes.

El solo anuncio de esta paz inunda con un deleite interminable el alma. El que no la conoce nada ha sentido ; puede saber lo que son los placeres , pero ignora lo que es felicidad. Si ; yo lo digo y sostengo , el humilde fiel , orando con la sencillez de su corazon , al pie de un altar solitario , experimenta un sentimiento mas delicioso mil veces que los deleites mas vivos de las pasiones. Apenas el filósofo mismo olvida el orgullo de sus vanos sistemas , para entregarse dócilmente al atractivo de la fe , cuando al punto recibe la recompensa prometida á aquellos que creyeren. Encontrándose un dia Juan Jacobo y el autor de *les Études de la Nature* , en el monte Valerio , despues de un paseo campestre , entraron en la capilla de los ermitaños. Rezaban en aquel instante las letanias de la Providencia. Juan Jacobo y su compañero conmovidos por la calma que veian en aquel sitio , y enternecidos

por un sentimiento religioso , se postraron y unieron sus lágrimas con las de los concurrentes. Terminado el rezo se levanta Rousseau y , todo enternecido , dice á su amigo ; « Ahora he experimentado yo lo que dice el Evangelio. « *Cuando muchos de vosotros se junten en mi nombre, yo estaré en medio de ellos.* Hay aquí un sentimiento de paz y felicidad que penetra el alma¹. » Fundado pues en una experiencia que jamas se desmintió , repitamos sin temor con Montesquieu : « ¡ Cosa admirable! la Religion cristiana , que parece no tener mas objeto que la felicidad de la otra vida , tambien nos la da en esta². Así se verifican todos los dias á nuestra vista las palabras del soberano maestro : El que lo dejare todo por mí recibirá el centuplo de lo que dejó , aun aquí abajo ; y despues la vida eterna. »

Las doctrinas filosóficas marchitan y desecan la vida ; privan al hombre de todo , menos del

¹ Véase *Etudes de la Nature*.

² *Espiritu de las Leyes*, lib. XXIV, cap. III.

³ MATTH. XIX, 29, y MARG. X, 50.

sentimiento de su miseria, y le conducen al sepulcro cercado de inquietud y pesar. Así, ¿cuántos incrédulos no vemos, luego que se desvanece la primera ilusion, envidiar la felicidad de los que creen? Fatigados por sus deseos, consumidos por su tedio, atormentados por su sabiduria vana, ¡Ay! dicen ¡si yo pudiera creer! Conocen que la fe les reanimaria, y suavizaria su alma endurecida. La vista de un cristiano les asombra y confunde. Su calma habitual, su serenidad inalterable, un no sé que de pureza y dulzura, que escapándose del corazon se extiende por las facciones y manifestándose en el gesto, da á su semblante una expresion celestial, los pasma, los encanta y les arranca suspiros involuntarios. Y con todo, ¿qué es lo que ven? algunos signos externos que son indicios débiles de los sentimientos retirados á lo interior del alma. ¡Ay! si pudiesen penetrar hasta el santuario de la conciencia, donde ya la virtud recibe su precio por el contento delicioso que inspira; si pudiesen conocer sola una vez aquella paz perfecta del entendimiento saciado con la verdad infinita, cuya posesion le da la fe; aquella esperanza divina en la cual vie-

nen á extinguirse y terminar todos los deseos de la tierra, y que se lanza sin término ni obstáculo en las profundidades de la eternidad; aquel amor deleitable en que se embriaga sabrosamente el alma; aquel gozo intimo, inexplicable, que viene del mismo Dios, el cual, si me es lícito explicarme así, conversa y habla familiarmente con su criatura como un amigo con su amigo, se une con ella entregándosele todo entero y por completo, para que le posea, y para ser su bien y su alimento incomprehensible!.. ¡Ay! ¿de qué admiracion no se verian repentinamente arrebatados, y pesarosos de verse privados de estos bienes inefables; con qué ardor y alegría no se desembarazarian de las fajas y ataduras de una razon imbécil, para llegar por la fe, segun la expresion de la Escritura santa, *á la medida del hombre perfecto ó al perfecto conocimiento de Dios en Jesucristo, su hijo*!

En fin, la muerte tan terrible para el incrédulo colma del todo los deseos del cristiano. La

¹ Epist. ad Ephes. IV. 15.

desea, como S. Pablo, *para estar con Jesucristo*, la desea para comenzar á vivir, *para verse libre del peso de los órganos*, de las ligaduras materiales que le retienen aun sobre esta tierra, donde los deleites puros que goza no son mas que una ligera sombra de la felicidad que espera y principia ya á sentir. ¿Se ha visto jamas un cristiano dar entonces el mismo ejemplo que tantos incrédulos, abjurando su doctrina, arrepintiéndose de haber creído? No, no, en este momento es cuando especialmente conoce todo su valor y precio; y la verdad consoladora brilla á sus ojos con todos sus resplandores. La muerte es el último rayo de luz que entrará á su corazón para herirle suavemente: luz tan viva, que le hará casi imperceptible el paso de la fe á la vision clara de su objeto. La esperanza, agitando su antorcha junto al lecho del moribundo, le muestra el cielo abierto á donde el amor le llama. La cruz que tiene en sus débiles manos, que estre-

¹ *Desiderium habens dissolvi, et esse cum Christo.* Ep. ad Philip. I, 25.

² *Infelix ego homo, quis me liberabit à corpore mortis hujus?* Ep. ad Rom. VII, 24.

cha con sus labios y con su corazón, despertando y vivificando en su espíritu una multitud de ideas de misericordia, le fortifica, le entenece y le anima. Dentro de poco todo se habrá consumado: será vencida la muerte, y el misterio profundo de la libertad se cumplirá. El último desfallecimiento de la naturaleza avisa que ha llegado este instante. La Religión entonces levanta su voz como si hiciera el último esfuerzo de ternura: « Parte, dice, sal, alma cristiana, de este mundo « en el nombre de Dios todo poderoso que te « crió; en el nombre de Jesucristo, hijo del Dios « vivo que por tí padeció, en el nombre del Es- « píritu santo que te se infundió. Al separarte « del cuerpo encuentres un camino abierto hácia « la montaña de Sion, á la ciudad del Dios vivo, « á la Jerusalem celestial, á la innumerable socie- « dad de los ángeles y de los primogénitos de la « Iglesia, cuyos nombres están escritos en el « cielo. Levántese Dios y disipe el poder de las ti- « nieblas, huyan todos los espíritus malignos, y « no se atrevan á tocar una oveja rescatada con « la sangre de Jesucristo. Librete Cristo, muerto « por tí y por tí crucificado, de los suplicios y

« de la muerte eterna ; reconozca este buen pas-
 « tor su oveja y colóquela en el rebaño de sus es-
 « cogidos. Veas á tu Redentor cara á cara eter-
 « namente , contemples tú y goces siempre
 « presente la verdad desnuda de todo velo en
 « el eterno éxtasis de la felicidad . »

En medio de estas bendiciones el alma elevada
 hácia Dios rompe sus trabas *, y va á recibir el
 precio de su felicidad y de su amor. Aquí debe
 callar el hombre porque su palabra se pierde co-
 mo tambien el pensamiento: « No, ni los ojos
 « vieron ni los oídos oyeron, ni comprendió el
 « entendimiento humano lo que Dios reservó á
 « los que le aman ». No, no es como un mar que
 « tiene flujo y reflujo, es el inmenso océano que
 « por todas sus márgenes rebosa de una vez : tú,
 « ¡ó Dios mio ! » exclama un profeta , « eres
 « fuente inagotable de vida y luz, y yo me sa-
 « ciaré en ella cuando vea tu gloria » . »

* *Commendat. anime.*

* El piadoso y sabio P. Suarez, cercano ya á espirar decía :
Jamas hubiera yo creído que era tan dulce morir.

² Epist. I ad Corint. II, 9.

³ *Apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lu-*

Concluyamos. Es certisimo que la filosofia, le-
 jos de hacernos felices, es incompatible con la
 felicidad , porque en lugar de la verdad infinita
 que nuestra inteligencia desea, ella no la presenta
 sino errores, incertidumbres y dudas ; en lugar
 del bien infinito á que nuestro corazon aspira ,
 ella no le ofrece sino deleites fugitivos y engaño-
 sos, incapaces de satisfacerle ; y finalmente por-
 que ella, quitando al hombre toda obligacion ,
 anulando todo deber, le constituye en un estado
 de desórden , y por consiguiente le detiene y
 fija en un estado de tormento.

No es menos cierto que la Religion da al hom-
 bre la felicidad aquí abajo, y le conducirá, si sus
 promesas son ciertas, á una felicidad todavia
 mas grande y que no ha de tener fin.

Luego todos los hombres tienen un interes in-
 finito en saber si la Religion es verdadera ; de-
 ben desear ardientemente que lo sea ; y perman-
 necer en esta materia indiferente, es solo probar
 lo que la Religion enseña por otra parte, á saber,

men. Psalm. XXV, 10. — *Satiabor cum apparuerit gloria tua.*
 Psalm. XVI. 15.